

LA IZQUIERDA Y LA ZANCADILLA NEOLIBERAL



Economía Solidaria



Lina Gálvez Muñoz

Europarlamentaria. PSOE

La revolución neoliberal se hace en nombre de la libertad, pero reduce la capacidad de obrar de muchas personas, y la soberanía de los estados, que quedan subordinados a los mercados. Cuando su discurso se hace dominante, lo que presenta como verdad se acaba convirtiendo en una especie de lógica compartida. Pero frente a esa alternativa, existe la de la solidaridad, defendida por el socialismo. Y es necesario convertir sus postulados en un sentido común alternativo al neoliberal con capacidad para convertirse en verdad rectora

El resurgir de la socialdemocracia, desde la más pura tradición centroeuropea hasta las versiones norte y latinoamericanas, ha coincidido con el cuestionamiento de las políticas neoliberales, especialmente las económicas, tras graves episodios de crisis económica y turbulencias financieras, a los que se sumó en 2020 el estallido de la crisis provocada por la pandemia de COVID-19. Una crisis, esta última, que, precisamente porque se ha dado en pleno proceso de cambios estructurales profundos vinculados con las transiciones energética y digital y con movimientos de calado en el tablero geopolítico, puede estar suponiendo un auténtico punto de inflexión histórica. No en vano, las transformaciones se están sucediendo a ritmo exponencial y su dimensión y alcance requieren una respuesta contraria a la lógica individualista neoliberal y a la concentración de riqueza y poder en pocas manos. En otras palabras, una respuesta centrada en el valor de lo común, en el bienestar de las personas y la justicia social y en modos de producir y consumir que no sean predatorios con los recursos naturales y restauren el equilibrio de nuestro planeta como ecosistema global.

No obstante, el triunfo de esta respuesta alternativa no va a ser fácil, ya que el neoliberalismo es más que un conjunto de políticas económicas de corte deflacionista encaminadas a desregular los mercados. O más bien a regularlos para favorecer los intereses del gran capital y su movilidad, contener los salarios limitando su participación en el PIB de los países y el poder de negociación de las personas asalariadas, y disminuir los déficits públicos y, por tanto, la capacidad de los gobiernos para ejecutar políticas contracíclicas o realizar las inversiones necesarias para lograr el desarrollo sostenible de sus territorios y el bienestar de su ciudadanía, incluidas las de carácter social o las destinadas a ciencia e investigación.

Tal y como escribí en “Por un «sentido común» democrático” y siguiendo a Wendy Brown, el neoliberalismo es ante todo una razón rectora, y el principal riesgo al que nos enfrenta —como si el vergonzoso incremento de la desigualdad no fuera suficiente riesgo para nuestras democracias y la dignidad de vida de la mayoría—, es su desafío al ideal, el imaginario y el proyecto político de la democracia, y sin duda también al proyecto político y transformador del socialismo basado en la igualdad, la justicia social y el respeto a la libertad individual. La amenaza existe porque el neoliberalismo es un orden normativo de la razón que establece que todos los aspectos de nuestra vida se hallan sometidos a un comportamiento económico, independientemente de que las distintas esferas estén o no mercantilizadas. A los sujetos se nos impone la meta de mejorar nuestro capital humano invirtiendo en nosotros mismos, y los gobiernos son sustituidos por la gobernanza, que equipara la actividad de aquéllos al funcionamiento empresarial. Es este sustrato el que dificulta la puesta en marcha de las propuestas socialistas, ahora también ecologistas y feministas, al tiempo que las hace más necesarias que nunca.

La lógica neoliberal que aún domina nuestras instituciones y nuestra forma de pensar, naturaliza la desigualdad y la injusticia y somete a la lógica mercantil todos los aspectos de nuestra vida envolviéndolos en un aura de “modernidad” emancipadora. Desde el feminismo lo sabemos bien. En estas últimas décadas ha habido un claro progreso en derechos para las mujeres y en reconocimiento de las desigualdades de género, y sin embargo, al mismo tiempo se han normalizado procesos de mercantilización del cuerpo y las vidas de aquéllas como la

venta parcial o total de sus cuerpos, o de parte de ellos. El tráfico de mujeres y niñas con fines de explotación sexual no deja de crecer, y la mayoría de las democracias más avanzadas del mundo, que dicen defender la igualdad, conviven sin muchas contradicciones con la prostitución, fuente no sólo de explotación —principalmente de mujeres que no tienen acceso a recursos materiales u oportunidades reales—, sino de vulneración de los derechos humanos y de desigualdad. La gestación para otros es otro ejemplo de normalización de la mercantilización y explotación del cuerpo de las mujeres sin recursos. Pero también existen formas nuevas que no afectan solamente a mujeres sin otras opciones vitales que alquilar su cuerpo o su capacidad reproductiva, como el “sugardadismo” que practican hombres con poder y dinero para alquilar la compañía, los cuerpos y la vida de mujeres jóvenes a cambio de pagar sus estudios, sus viajes o sus desorbitados hábitos de consumo, a los que de otra forma estas jóvenes no tendrían acceso, en un mundo en el que la capacidad de consumo domina la existencia de todos. Estas prácticas se venden como modelos de emancipación y empoderamiento femenino en un proceso de resignificación de los principios de igualdad y libertad, entre otros. Y son modelos que casan bien con generaciones de jóvenes a los que las crisis provocadas por el mismo sistema neoliberal han dejado sin capacidad para desarrollar proyectos de vida propios, más allá del espejismo de las vidas de lujo y ostentación que imitan, pero que están fuera del alcance de la mayoría).



elroto.elpais@gmail.com

El desafío que el orden neoliberal representa para las iniciativas de igualdad, justicia social y transformación social, ecologista y feminista, que es como debemos entender la propuesta socialista, está relacionado con que la racionalidad política neoliberal nos gobierna como si de un sofisticado sentido común se tratara, un sentido que no necesita ser unívoco para ser global y que reconstruye instituciones y seres humanos. La revolución neoliberal se hace en nombre de la libertad, pero se consigue destruyendo la soberanía de los estados y los sujetos, que quedan subordinados a los mercados (donde no se participa en igualdad, ni se recibe igual beneficio). De esa forma, ciudadanos y ciudadanas pierden soberanía pública y autonomía personal. En este sentido, el

neoliberalismo es un modo distintivo de razón, de producción de sujetos. Ya a principio de la década de los ochenta del siglo pasado, la adalid del neoliberalismo Margaret Thatcher dijo que la economía era sólo el método, que el objetivo era cambiar el alma y el corazón de las personas. Y parece que varias décadas de expansión de la ideología neoliberal han permitido que ese cambio se haya ido dando paulatinamente, como si se tratase de la labor de un

ejército de termitas. Cuando los discursos se vuelven dominantes hacen circular una verdad que acaba convirtiéndose en una especie de lógica compartida, en absoluto ajena a las relaciones de poder existentes en esa época o momento histórico determinado. Es ese “sentido común” predominante en las personas y las instituciones, y en el funcionamiento desbridado de los mercados, el que necesitamos combatir para avanzar realmente en la dirección transformadora de la propuesta socialista.

La importancia de lo común, que se ha revelado con nitidez ante nuestros ojos durante la pandemia, y su reconocimiento nos sitúan en buena posición para generar un sentido común alternativo al neoliberal con capacidad para convertirse también en verdad rectora. Para ello necesitamos no sólo imaginar el mejor de los mundos posibles sino actuar, gobernar para el bien común y lograr que las personas perciban y valoren la centralidad de la política. Es en este último ámbito donde el socialismo, que a través de la socialdemocracia ha desarrollado una auténtica vocación reformista y de mejora de la vida de las personas, tiene una responsabilidad muy clara y un papel esencial que jugar, para lo cual ha de separarse de las lógicas tecnopopulistas que han contagiado los modos de hacer política en los últimos años.

Ahora que se cuestionan las políticas neoliberales y que nos hallamos inmersos en las transiciones verde y digital que están cambiando estructuralmente nuestras economías y transformando de manera radical nuestros territorios y formas de vida, tenemos que demostrar que hay un proyecto alternativo de justicia social e igualdad. La revisión de las reglas fiscales que hasta ya reclaman los liberales, es un paso necesario pero no suficiente si al mismo tiempo no se combaten las desigualdades que no paran de crecer. El paso adelante hacia lo común dado durante la gestión de la pandemia no ha sido suficiente para corregir las dinámicas generadoras de desigualdad articuladas en las pasadas décadas ni para revertir el desprestigio de la política que abonan las fuerzas antidemocráticas cuando dan respuestas fáciles a la exclusión de mucho que las políticas que defienden pretenden preservar. Pero eso no nos puede hacer desfallecer. Al contrario, debe reafirmarnos con fuerza en el espíritu y los objetivos del proyecto socialista feminista y ecologista basado en la igualdad, la justicia social y el respeto por una libertad verdaderamente emancipadora.